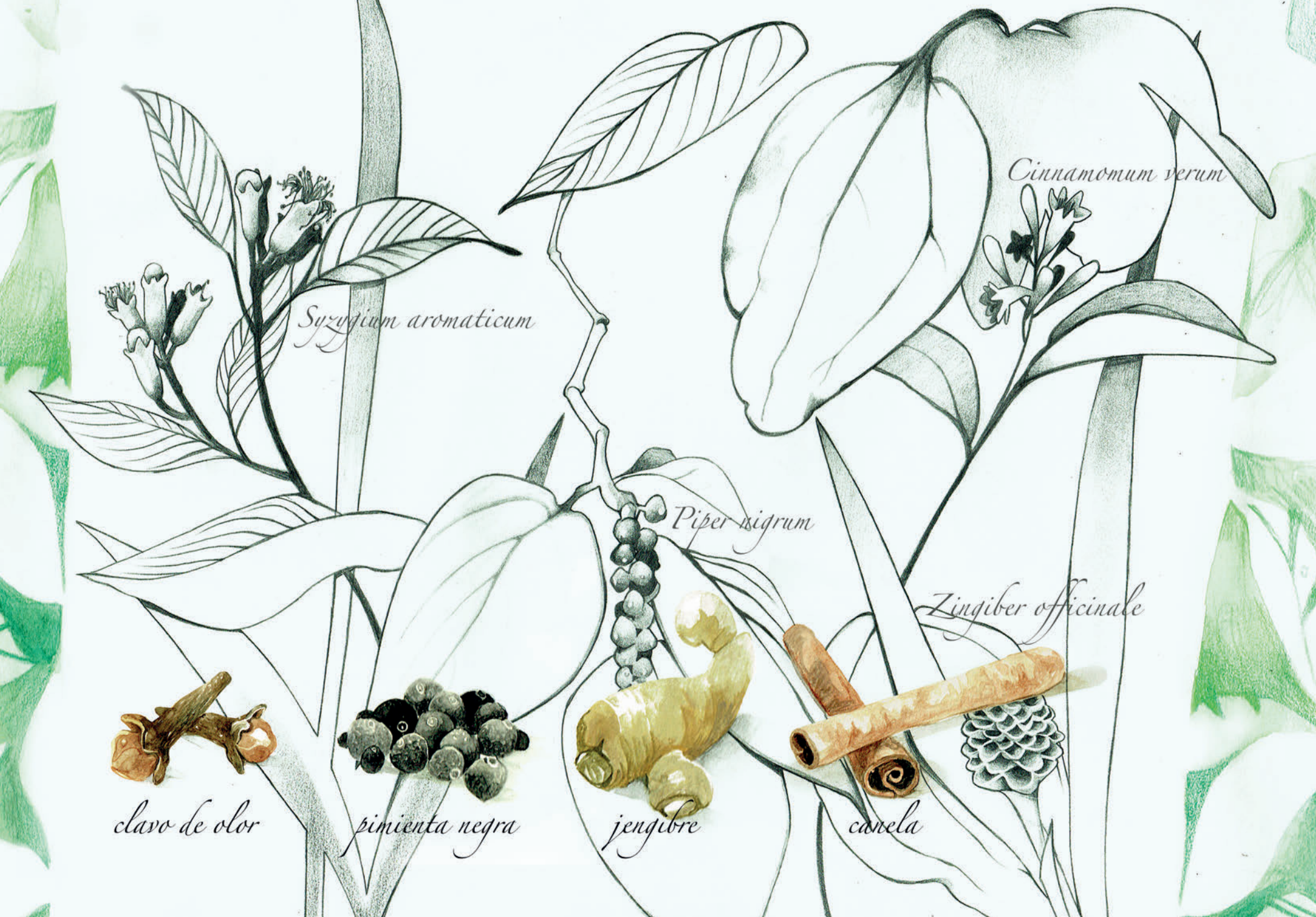


LA AVENTURA DE LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO





LA AVENTURA DE LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO



SEVILLA EN 1519



Miguel Ángel Vázquez
Consejero de Cultura de la Junta de Andalucía

Juan Espadas
Alcalde de Sevilla

Víctor Mora
Alcalde de Sanlúcar de Barrameda

Edita
JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

Colaboran
Ayuntamiento de Sevilla y Ayuntamiento de Sanlúcar de Barrameda

Coordinación de contenidos
Abel Ippólito. Coord. ilustraciones
Rafael Marín. Guión
Paco Cerrejón (Ayto. Sevilla). Idea y concepto del libro
Manuel Parodi (Ayto. Sanlúcar de Barrameda). Coord. histórica

Diseño y maquetación
Estudio Manuel Ortiz

Imprime
Gráficas Moreno

© de la edición: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

ISBN: 978-84-9959-280-0
Depósito legal: SE 2419-2017

Portada: Max

Ilustración de guardas: Inma Otero

Guión: Rafael Marín

Ilustraciones
Arturo Redondo: págs 2, 3, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 70 y 71
Abel Ippólito: págs 9 a 13
Cristina Vela: págs 14, 25 y 44
Juanfran Cabrera: págs 15, 28 y 56
Antonio Hitos: págs 16, 27 y 46
Fran Galán, color de Verónica R. López: págs 17, 29 y 47

Enrique Bonet: págs 18, 26 y 34
Andrés G. Leiva: págs 19, 55 y 59
Bartolomé Seguí: págs 20, 43 y 57
Francis Porcel: págs 21 a 23
Mariqui Romero: págs 24, 42
José Luis Ágreda: págs 30 a 33
Carlos Hernández: págs 35, 53, 65
Julio Serrano: págs 45, 58 y 66
Diego Galindo: págs 48 a 52
Mel: págs 54
Irene Roga: págs 60
Das Pastoras: págs 61 a 64

Autores del Glosario: Alejandro Rojas, Jesús Escudero, Angie Suárez, David Rendo, Andrés Domenech, Leticia Morgado, Nicola Marras, Pablo Márquez Muñumer, Juan Manuel Moreno, Meik, Manuel Díaz, Carlos Ortiz, Javi Monsalvett, Aurora Villaviejas y Carmen Cantero.

Autores del encarte: José Domingo, Francis Porcel, Alejandro Rojas, Jesús Escudero, Angie Suárez, David Rendo, Andrés Domenech, Leticia Morgado, Nicola Marras, Pablo Márquez Muñumer, Meik, Manuel Díaz, Nacho Tenorio, Sergio Mora, Carlos Ortiz, Javi Monsalvett, Aurora Villaviejas y Carmen Cantero.

El 20 de septiembre de 1519 se iniciaba en Sanlúcar de Barrameda una grandiosa aventura que cambiaría para siempre el curso de la historia. Una expedición de cinco barcos, llegados previamente de Sevilla, y más de doscientos marineros partían desde nuestra tierra para dar por primera vez la vuelta al mundo. Tres años después sólo regresaría una de las naves con una tripulación de dieciocho personas. Se trata sin duda de una de las mayores hazañas alcanzadas hasta entonces por el ser humano. Iniciada por Magallanes y culminada por Juan Sebastián Elcano, la expedición surcaría 14.470 leguas, cruzando los océanos Atlántico, Pacífico e Índico.

Andalucía fue, una vez más, tierra de pioneros que con su gesta cambiaron la forma de entender el mundo conocido, demostrando la naturaleza finita de la tierra y su verdadera forma, iniciando nuevas rutas que harían posible la conexión entre culturas y sociedades distantes.

Entre 2019 y 2022 celebramos que se cumplen cinco siglos de aquella proeza náutica y, para ello, la Junta de Andalucía en colaboración con los ayuntamientos de Sanlúcar de Barrameda y Sevilla y las diputaciones de Cádiz y Sevilla impulsa una programación de actividades para dar mayor difusión a este hito histórico, a través de iniciativas didácticas, ediciones científicas y exposiciones.

En ese marco, desde la Consejería de Cultura publicamos “La aventura de la 1ª vuelta al mundo”, para dar a conocer a todos los públicos, y especialmente a los más jóvenes, esta hazaña. Gracias al excelente trabajo de los ilustradores, podemos contar con un libro tan especial, que lo es no sólo por lo que en él se cuenta, sino también por el “lenguaje” utilizado, que pone de manifiesto el inmenso talento que hay en Andalucía en el comic y la ilustración. Esta publicación nos explica cómo se planificó el viaje, el recorrido realizado y las principales incidencias que sufrieron durante la larga travesía, incluyendo mapas de la época y fichas con la descripción de los principales personajes históricos, todo ello con una clara orientación divulgativa.

Quiero aprovechar estas líneas para animaros la aventura de conocer el que se considera el primer acontecimiento global de la historia y en el que nuestra tierra tuvo un papel protagonista.

Miguel Ángel Vázquez Bermúdez

Consejero de Cultura. Junta de Andalucía

La 1ª circunnavegación del globo que protagonizaron Magallanes, Elcano y sus 232 hombres entre 1519 y 1521, fue una de las mayores aventuras que ha vivido la humanidad.

En este libro, el escritor y guionista Rafael Marín, si me permiten, nuestro actual Pigafetta, acompañado de 38 ilustradores coordinados por Abel Ippólito, nos relatan la increíble odisea que supuso la gran aventura de Magallanes y Elcano. Un libro tremendamente ambicioso en el que bajo el hilo argumental de Marín cada ilustrador aporta su visión de los personajes y del propio viaje en sí, ofreciendo una narración original y didáctica, uniendo con maestría letra e imagen en un libro que sin duda va a marcar un hito dentro de las actividades de difusión de la conmemoración de la 1ª Vuelta al Mundo. Un libro que une y mezcla nombres tan destacados en el panorama internacional como el de Max y Bartolomé Seguí, ambos Premios Nacionales de Cómic con autores y autoras de todo el territorio nacional con presencia destacada de creadores y creadoras andaluzas, como Arturo Redondo, Inma Otero, Irene Roga, Antonio Hitos, Cristina Vela, Diego Galindo o Andrés Leiva entre otros. Un libro pensado, escrito e ilustrado para todos los públicos, cuya lectura es en sí misma una aventura (como lo es toda buena lectura). Un libro que además queremos que sea el inicio de más cosas, de nuevas propuestas que ahonden en la difusión lúdica, histórica y cultural de la gesta que ya hemos empezado a celebrar y que genere nuevas visiones desde nuestra contemporaneidad sobre diferentes aspectos del viaje y sus protagonistas.

Este libro posee otro valor como es el de ser fruto de la colaboración institucional entre la Junta de Andalucía, a través de su Consejería de Cultura, el Ayuntamiento de Sanlúcar de Barrameda y el de Sevilla. Las tres instituciones hemos trabajado al alimón en la génesis de este libro y en otra serie de actividades, con la intención de promocionar esta conmemoración e ir generando contenidos y líneas de actuación que vayan ya marcando el rumbo de lo que queremos que sea una aventura que celebre y ponga en valor el protagonismo de nuestras dos ciudades, nuestra comunidad autónoma y nuestro país en la gesta de Magallanes y Elcano, que es, como ya apuntaba al principio de este texto, una de las mayores aventuras que jamás haya vivido la humanidad.

Juan Espadas
Alcalde de Sevilla

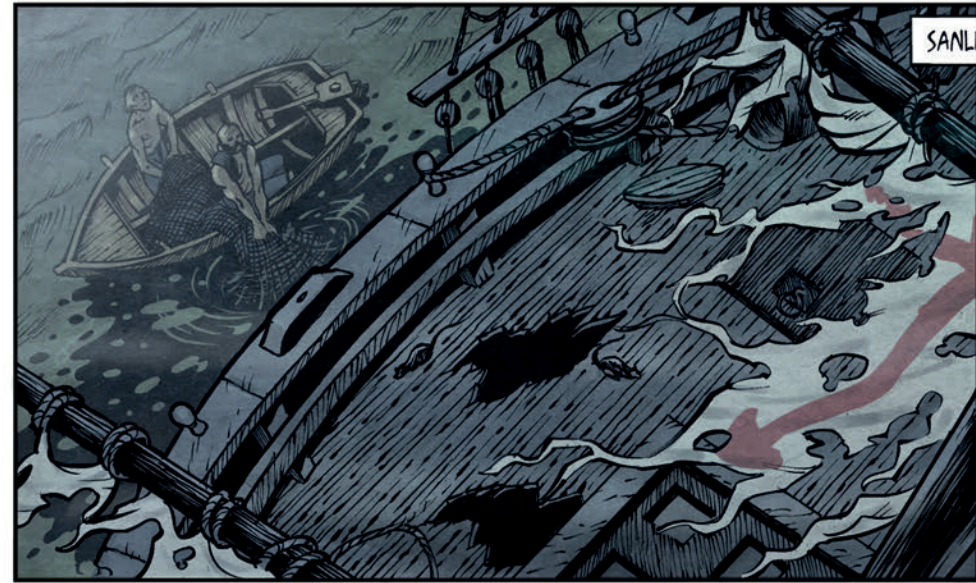
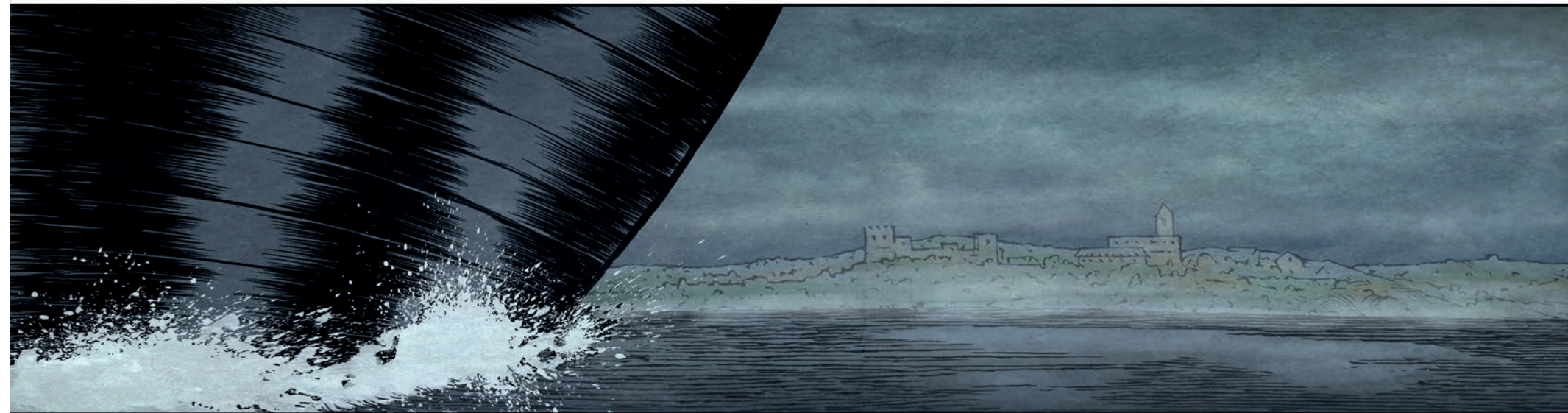
La Historia del género humano es el relato de una gran aventura desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. El conocimiento de cómo la especie humana se ha aventurado a lo largo del tiempo por todos los rincones del planeta para descubrir, romper barreras y salvar todo tipo de dificultades en su búsqueda de respuestas y en su afán por comprender.

Uno de los hechos fundamentales de la Historia de la Humanidad, sin duda alguna, sería el de la Primera Vuelta al Mundo, la Expedición Magallanes-Elcano, que entre 1519 y 1522 completaría la primera Circunnavegación de la Tierra, una aventura en la que Sanlúcar de Barrameda desempeñaría un papel fundamental y que cambiaría de una vez y para siempre la visión que los humanos tenemos de nuestro propio planeta, demostrando que la Tierra es redonda y, con ello, que los científicos de la Antigüedad que de ello hablaron tenían razón.

Sanlúcar vería zarpar un 20 de septiembre de 1519 desde sus aguas a las cinco naves que el rey de Castilla y luego el emperador Carlos V encomendó al navegante Fernando de Magallanes, una armada cuyo aprestamiento se completaría en la ciudad de la desembocadura del Guadalquivir y que estaba compuesta por las naos Victoria, Trinidad, Santiago, Concepción y San Antonio, y la misma Sanlúcar vería -tres años después- regresar a sus playas a la única embarcación superviviente, la nao Victoria, tripulada por un puñado de hombres comandados por el marino vasco Juan Sebastián de Elcano un seis de septiembre de 1522.

Desde Sanlúcar os animamos a navegar por las páginas de este volumen, a conocer el relato de la gran aventura de la Circunnavegación del planeta, de ese viaje alrededor de la Tierra que demostró que lo imposible era posible. Os invitamos a convertirnos en viajeros, en marineros del tiempo, a través de las páginas de una Historia única, la Primera Vuelta al Mundo.

Víctor Mora Escobar
Alcalde de Sanlúcar de Barrameda



SANLÚCAR DE BARRAMEDA, 6 DE SEPTIEMBRE DE 1522.





SEVILLA, OCHO DE SEPTIEMBRE.



SOY...SOY JUAN SEBASTIÁN ELCAÑO. ESTA ES LA NAO VICTORIA. SOMOS LOS SUPERVIVIENTES DE LA EXPEDICIÓN DE DON FERNANDO DE MAGALLANES A LAS ISLAS DE LAS ESPECIAS.



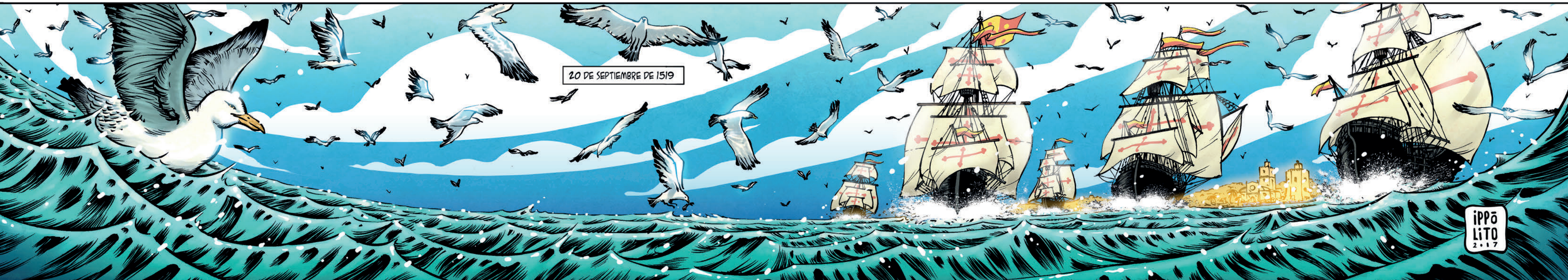
DAMOS GRACIAS A DIOS PORQUE HEMOS RECORRIDO CATORCE MIL CUATROCIENTAS SESENTA LEGUAS. HEMOS CULMINADO CON ÉXITO LA VUELTA AL MUNDO.



TRES AÑOS ANTES.



20 DE SEPTIEMBRE DE 1519



ippò
LiTO
2017



LA LÍNEA QUE DIVIDE EL MUNDO

Nuestra flota zarpó desde el muelle de las Mulas en Sevilla, y 40 días más tarde nos hicimos a la mar desde Bonanza, en Sanlúcar de Barrameda. Atrás dejábamos años de preparación, intrigas entre países y una misión casi secreta.

Los mares del mundo estaban divididos en dos mitades. Así lo garantizaba el tratado de Tordesillas que permitió el Papa. Una mitad, para Portugal. La otra, para España. Todas las islas y tierras que se descubrieran navegando serían de aquella nación que estuviera dentro de la línea demarcada.

¿Pero dónde quedaban, en ese mapa aún por dibujar, las Islas de las Especias? Allí en oriente. Ofreciendo riquezas sin rival. Clavo, canela, pimienta. Para servir las mesas de los poderosos, fabricar perfumes, preparar medicinas. El oro de nuestro tiempo.

Controlado el negocio de las especias por el sultán turco, las naciones de Europa se habían hecho a la mar, y allí habían encontrado sus tesoros. Era un viaje largo, hacia el sur, rodeando África y, después, subiendo por el océano Índico hasta llegar a la Especiería.

La Tierra, sin embargo, es redonda. El sueño de Cristóbal Colón de llegar a China y Japón navegando hacia el oeste seguía vivo todavía.

Había, sin embargo, un continente. Una enorme masa de tierra que ya empezábamos a llamar América.

Una barrera.

LA MISIÓN DE MAGALLANES

¿Pero y si hubiera un paso, un estrecho que permitiera cruzar el Atlántico, atravesar el continente, llegar al mar del Sur y, desde allí, a las Islas de las Especias? Llegar al este navegando sin descanso hacia el oeste.

Ese fue el sueño de muchos, pero ninguno lo soñó con más fuerza ni con más decisión que nuestro almirante, don Fernando de Magallanes.



LA FLOTA DE LAS MALUCAS

Nuestra flota estaba compuesta por cinco barcos. La nao capitana, desde donde Magallanes dirigía la misión, era la Trinidad.

Estaba también la Victoria, al mando de Luis de Mendoza, que se había negado ya en Sevilla a obedecer a Magallanes.

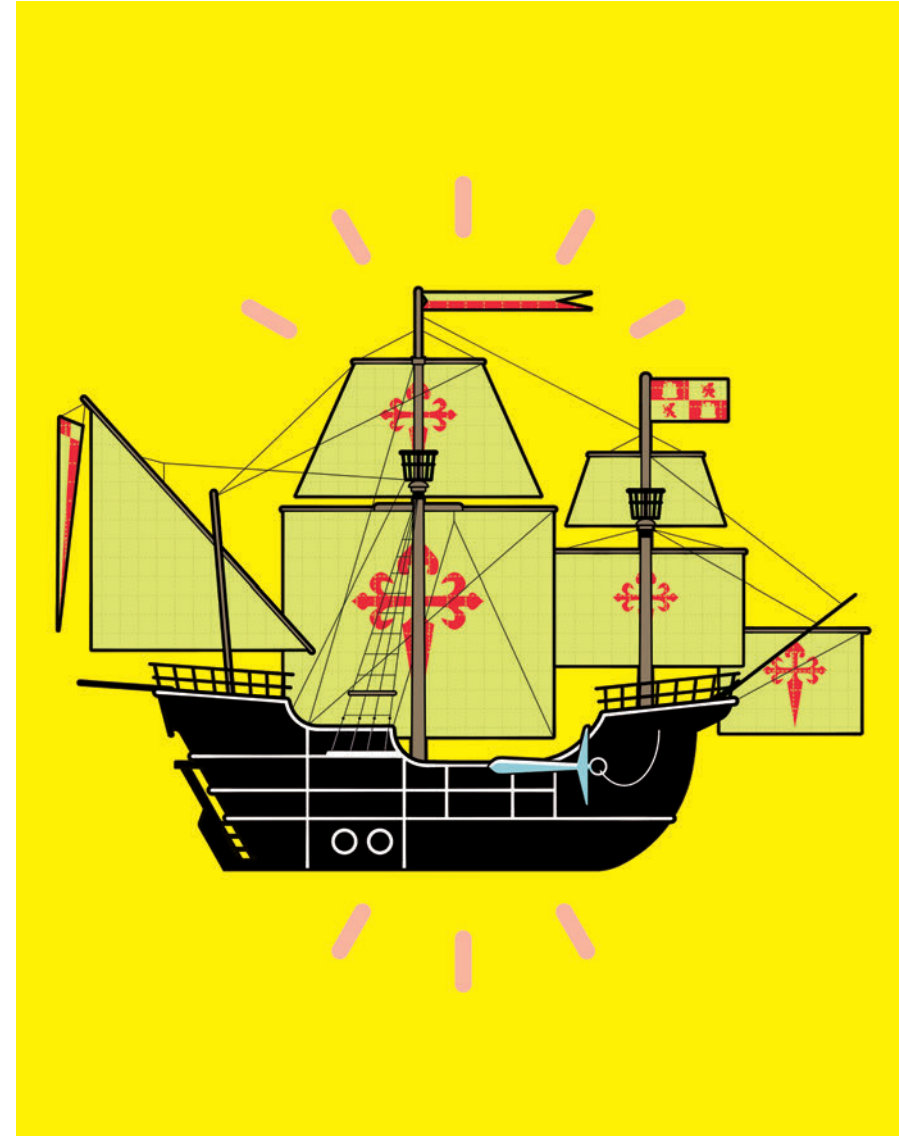
En la nao Concepción, bajo el mando de don Gaspar de Quesada y con João Lopes como piloto, tenía el cargo de maestre aquel vizcaíno de experiencia en la mar, Juan Sebastián Elcano, a quien los azares del destino darían papel destacado en el último acto de esta historia.

El barco más pequeño era la carabela Santiago: su capitán era Juan Rodríguez Serrano. Era un barco veloz y nervioso que emplearíamos para exploraciones y misiones de reconocimiento.

La nao más grande era la San Antonio. La capitaneaba Juan de Cartagena, a quien el rey don Carlos había nombrado veedor o supervisor de la flota.

Todos los barcos eran de color negro, producto de la brea que calafateaba sus juntas y oscurecía sus entrañas.

Los otros cuatro capitanes eran españoles. Magallanes, portugués, aunque había jurado fidelidad a España, les resultaba sospechoso y quizá, en secreto, lo envidiaban. Mendoza y Cartagena ya habían tenido algún choque con la autoridad de Magallanes, que era capitán general y no reconocía más autoridad que la suya en toda la escuadra.



ESCALA EN CANARIAS

Entre los rudos marineros había españoles, portugueses, griegos, franceses, irlandeses y hasta un inglés.

Y un muchacho de Malaca, bautizado Enrique. Un esclavo que Magallanes trajo de sus viajes y al que había prometido la libertad si muriera en esta aventura. Enrique serviría como intérprete cuando alcanzáramos las Islas de las Especias.

Hora es de que me presente: Antonio Pigafetta, enrolado bajo el nombre de Antonio Lombardo. Pasajero a bordo, o sobresaliente, que ese era el término. Mi misión era la de ser testigo y escribir de este viaje y sus maravillas.

Y sus misterios.

Tras seis días de navegación, llegamos a las Islas Canarias.

Allí nos aprovisionamos de agua y otras provisiones más para el viaje. Y recibió Magallanes noticias de su suegro, desde España.

Ninguno vio el contenido de la carta. Pero cuando nos pusimos de nuevo en marcha, el capitán general realizó una maniobra que no estaba prevista.

Cambió el rumbo.

Las órdenes de Magallanes fueron estrictas: los cinco barcos debían navegar siempre cerca unos de otros, y ninguno adelantar a la Trinidad. Las comunicaciones de la nao capitana se hacían por medio de un farol encendido en la popa. Los otros cuatro barcos tenían que obedecer sin discusión.





LOS DESCONTENTOS

—¿Vone rumbo al sur? —se preguntaban los otros capitanes.
—¿Por qué no sigue la ruta española a las Indias?
—¿Al sur está la costa de África! ¡Nos dirigimos a territorio portugués!
—¿Magallanes nos ha vendido a sus antiguos compatriotas!

Era el resquemor de los otros cuatro capitanes, y de muchos otros marinos de la flota.

Con la confianza que me daba actuar como cronista del viaje y como su secretario, le pregunté al capitán general.

—Hay mal espíritu entre las tripulaciones, don Fernando —le dije—. Este cambio de rumbo...

—He recibido noticias. Es posible que los portugueses quieran impedir que lleguemos a la Especiería dirigiéndonos al oeste. Con este rumbo, podremos despistarlos.

—¿Y no sería entonces aconsejable que los otros capitanes supieran la causa de este desvío?

Magallanes me miró y sentí el peso de su autoridad.

—Solo hay un hombre al mando en esta misión, muchacho. No se discuten las órdenes de un general. Ni en la paz, ni en la guerra.

—¿Es que acaso estamos en guerra, don Fernando?

—Lo estaremos tarde o temprano. Si se discute mi autoridad, es porque pretenden arrebatármela.

MARAVILLAS E INSULTOS

En la mar hay tres enemigos: la mar misma, el viento y su ausencia. De pronto el viento se paró y las cinco naos quedaron casi inmóviles, meciéndose sobre las olas.

Un día, otro día más. Sin poder avanzar ni cambiar el rumbo.

A la espera de una brisa favorable, fuimos testigos de inmensas maravillas: peces que vuelan, como mariposas de color de plata. Y unos extraños seres marinos de piel correosa y dientes afiladísimos, capaces de devorar a un hombre en dos bocados. Su carne para nosotros, sin embargo, no es sabrosa. Los marinos los llamaban perros del mar, o tiburones.

Cada noche, los otros cuatro capitanes de la flota tenían que saludar a Magallanes desde la cubierta de sus navíos. Un saludo formal, propio de las costumbres españolas.

—Dios salve al señor comandante, capitán general y maestro.

Una noche Juan de Cartagena no saludó desde la San Antonio. Lo hizo, en vez de él, su maestro. Y cambió las palabras del saludo en lo que no podía ser sino una ofensa calculada.

—Dios os salve, señor capitán y maestro.

Aquel saludo, ligeramente modificado, encerraba un profundo desacato, casi una declaración de guerra.

Recriminó Magallanes aquella falta de respeto, pero Cartagena amenazó:

—La próxima vez, quizá enviaré a saludar a mi paje.

Y durante tres noches, no hubo saludo ninguno.

Había empezado la rebelión.

Comenzaba la tormenta.



EL FUEGO DE SAN TELMO

Todavía nos esperaba la tormenta auténtica. La mar y el viento juegan a su capricho con los marineros. Tras dos semanas al paio, luchando contra vientos contrapuestos, de pronto empezó la lluvia.



—¡Arriad las velas! ¡Señor piloto, virad a babor! ¡Que ninguna de las naos vaya a chocar con las otras!

—¡Rezad a Dios y a todos los santos!

—¡La Virgen de la Victoria nos acompañe!

Y rezamos. Oh, cuánto rezamos. Durante días y días, mientras la tormenta continuaba y nos zarandeaba. Vimos la muerte tan de cerca que olvidamos lo que eran la luz y el cielo.

Y entonces fuimos testigos de un milagro. Una luz blanca y azulina corrió por la cubierta, erizando los pelos de las barbas, tensando los cables.

Subió aquella luz por el palo mayor, bailó en la cofa, y volvió a bajar hasta que se encaramó en el bauprés, como una antorcha.

—¡Es el fuego de San Telmo! —exclamó nuestro piloto.

Y San Telmo era, no cabía duda. Allí, brillando en la proa. Y en la popa brilló entonces otra luz similar, como para empujar la Trinidad entre las olas. Y una tercera luz sobrenatural cargó el trinquete.

—¡San Nicolás y Santa Clara!

Cuando por fin dejó de llover, recordamos lo que habíamos olvidado en el medio de la tormenta: la luz del alba. Dimos gracias al Altísimo.

La flota se reagrupó. Nuestro próximo destino ya solo podían ser las costas de América. La semilla del motín, sin embargo, continuaba.

LA PRIMERA REBELIÓN





COSTA DE BRASIL

Atravesamos por fin la mar Océana y avistamos la costa del Nuevo Mundo. Después de once semanas a capricho del viento y el agua, por fin, la tierra.

—Estamos dentro de la línea portuguesa, mi capitán —informó Joao Carvalho—. Reconozco esa costa. Esta es la tierra del Verzino, el Brasil. He estado aquí antes: aquí nació mi hijo.

Don Fernando de Magallanes ya lo sabía por sus propios cálculos. Tierra portuguesa significaba peligro al desembarcar: para la flota y para él mismo, que podía ser considerado un renegado. Nuestro compromiso era no apoderarnos de lo que de Portugal era.

Así pues, seguimos bajando al suroeste por la línea de la costa buscando un lugar que ya no estuviera bajo la raya que divide el mundo. Encontramos una inmensa bahía, un paraíso. Y ya Magallanes aceptó las necesidades de la tripulación y permitió que bajáramos de las naos y pisáramos, después de más de dos meses en la mar, la tierra firme de un continente nuevo.

Era el 13 de diciembre, y llamamos a ese lugar Puerto de Santa Lucía.

El mundo estaba lleno de colores nuevos, de vegetación nueva, de animales nuevos. Veníamos buscando un paso al mar del Sur y las Islas de las Especias, pero esto era suficiente edén para unos marineros cansados, un reto para una curiosidad infinita como la mía.



Habíamos llegado al primero de los paraísos de nuestro viaje. Pero ahora la vista no era suficiente para colmarnos de felicidad. Ahora lo importante era saciar el hambre.

Entonces, de entre los árboles, salieron a nuestro encuentro unos nativos.

EL PRIMER PARAÍSO

Se llamaban a sí mismos topi-guaraní. Nos recibieron con curiosidad y algo de temor: ellos desnudos y nosotros forrados de acero, porque además de marinos éramos guerreros.

Gracias al conocimiento del sitio que tenía Joao Carvalho pudimos hacernos entender con ellos. Eran un pueblo curioso, amable y acogedor. No tenían propiedades, vivían del bosque, la caza y la pesca y, lo más curioso, no adoraban a ningún dios. Pero creyeron que, tras la sequía, nuestra llegada les traía la lluvia.

Les interesaron nuestros abalorios, las cuentas de cristal ensartadas que llevábamos para el trueque, las campanitas, los anzuelos y, lo más extraño de todo, nuestros naipes. A cambio del rey de la baraja me dieron seis pollos. ¡Y todavía creyeron hacer buen negocio a nuestra costa!

—No creas que somos más listos que ellos —me dijo Enrique, el esclavo malayo, que ya había sido testigo en su tierra de otros intercambios similares—. El oro sirve para lo mismo que esas campanitas. Cada mundo tiene su moneda y sus caprichos.

Comprendí que era verdad: damos valor a la riqueza precisamente porque no abunda.

Dedicamos los días al intercambio de tesoros por fruslerías y a reponer nuestras bodegas con los alimentos de aquella bahía maravillosa: una especie de castaña dulce que llamaban batata; gallinas de todo tipo, loros

multicolores, unos cerdos que llaman antas y tienen una carne sabrosa, y unas piñas dulces.

Partimos a los trece días, pasada la Navidad. Todavía teníamos un largo camino por delante. La búsqueda del paso al mar del Sur nos esperaba.



HACIA EL SUR

Las hermosas nativas se despidieron de nosotros siguiéndonos con sus barquitas de remos, que llamaban canoas, hasta que las naos largaron el trapo y se perdieron en el horizonte.

Sin alejarnos de la costa, pero sin atrevernos a volver a recalar en ella, fuimos bajando hacia el suroeste, hasta que los cálculos de los pilotos y de Magallanes nos aseguraron que ya no estábamos dentro de la demarcación de Portugal.

Lo importante ahora era encontrar el paso al otro mar, ese sueño que Magallanes guardaba para él solo. Sin embargo, navegábamos a ciegas: nadie había encontrado el paso antes, nadie conocía el trazado exacto de la costa. Una expedición anterior había acabado en fracaso y, según se creía, los marinos fueron devorados por caníbales.

Era marzo y el invierno se acercaba, pues en la otra cara del mundo las estaciones, como las estrellas del cielo, son distintas.

Como no hallábamos el paso ni ninguna indicación de que los dos mares se juntaran, decidió Magallanes buscar una cala donde guarecernos de las tormentas que ya empezaban a asediarnos. Ya había comprendido que sus cálculos estaban equivocados.

Fue así como llegamos, el 31 de marzo de 1520, al puerto que bautizamos como San Julián.



Creíamos que íbamos a descansar el tiempo necesario hasta continuar la búsqueda. Nadie contaba con que el descontento de los capitanes de la flota no se había apagado todavía.

EL GIGANTE

Los barcos los llamábamos “pájaros puercos”, porque la sal del mar, la podredumbre de la madera y los víveres, los gusanos y las ratas de las bodegas apestaban más allá de toda capacidad de aguante.

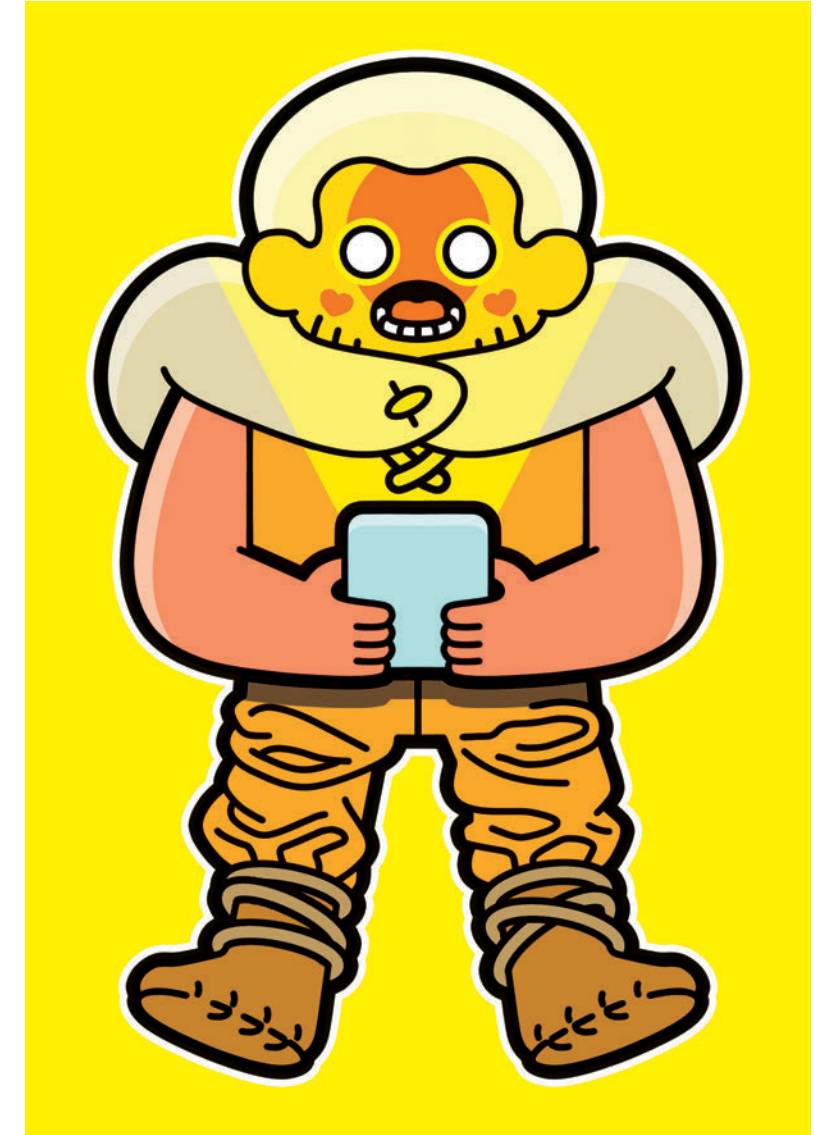
Aprovechamos la estancia en aquella bahía para limpiar las naos de arriba abajo y carenarlas y calafatearlas, para que quedaran como nuevas hasta que volviera a comenzar el inevitable ciclo de deterioro.

Un día, a los dos meses de nuestra estancia en aquella cala, apareció en la playa un gigante.

Bailaba y cantaba al mismo tiempo, y se sorprendió tanto de vernos como nosotros de su aspecto: alto como dos hombres, el pelo blanqueado, la cara pintada de rojo con dos corazones en las mejillas y los ojos de amarillo. Vestía con pieles y reía feliz por cualquier cosa. Nos entendimos con él por medio de música y gestos. Era amistoso y sencillo, como un niño.

Lo llevamos a nuestro barco y ordenó Magallanes que le dieran de comer y de beber, y se entusiasmó el gigante al ver los utensilios de hierro, los cascabeles y los peines que le ofrecimos. Disfrutó con un collar de cuentas de vidrio.

Entonces Magallanes le mostró un espejito. Y el gigante, al ver su reflejo por primera vez en su vida, se inquietó tanto que hubo que devolverlo a tierra.



JUAN GIGANTE

Vinieron luego más gigantes a nuestro encuentro. Vestidos de igual manera, todos altos y semidesnudos, las mujeres algo más pequeñas y reservadas que los hombres. Como señalaban con el dedo hacia lo alto, comprendimos que creían que habíamos bajado del cielo y éramos una especie de dioses para ellos.

Eran tan altos y sus pisadas en la arena tan impresionantes que los bautizó Magallanes en su lengua portuguesa como “pata gau”, o patas grandes, y como patagones los dieron en llamar los demás marineros. Le pusimos por nombre Juan Gigante a uno de ellos. Le mostramos una rata, que comíamos a veces a bordo pues siempre había gran necesidad... ¡y la engulló cruda y de un bocado!

Un día desapareció y nunca más supimos de él.

A poco de zarpar, puso Magallanes en práctica una treta y engañó a dos de los gigantes. Tanto les gustaban los hierros y utensilios de metal que le mostró unos cepos para los pies, y los gigantes se los calzaron, como si fueran un adorno.

Les mostró luego unos grilletes para las manos, y los gigantes creyeron que eran también alhajas y ellos mismos se los pusieron. Quedaron entonces atrapados. Nuestra misión era de exploración, pero también habríamos de llevar a España nativos de las tierras que encontrásemos. Ninguno más llamativo que aquellos gigantes.



TRAICIÓN!

Esperamos tanto tiempo en la bahía de San Julián que los demás capitanes y gran parte de las tripulaciones pensaron que Magallanes no sabía dónde estaba aquel paso de fábula.

Que ni siquiera existía aquel paso.

Se confabularon tres de los capitanes: Gaspar de Quesada, de la San Antonio; Luis de Mendoza, de la Victoria; Juan de Cartagena, liberado por los amotinados, se había hecho con el mando de la Concepción. Una noche atacaron la nao Trinidad, con intención de arrebatarse el mando a Magallanes... o asesinarlo.

Hirieron de muerte a Juan de Elorriaga, uno de los maestros. Magallanes, sin embargo, no perdió la calma, aunque solo contaba con dos naos para resistir la rebelión: la Trinidad y la Santiago, al mando ahora del fiel Joao Serrano.

Esperó al amanecer y contraatacó antes de que los otros barcos iniciaran un bombardeo. Envío a Duarte de Barbosa y quince hombres en una barca a la Victoria, con la intención de parlamentar. Entonces dio el golpe de mano. Murió el rebelde Luis de Mendoza de una puñalada y sus marinos se entregaron, atemorizados ante la veloz reacción del capitán general.

Tres navíos de nuevo, contra dos. Pero ahora Magallanes tenía la ventaja. Nunca había perdido el mando.



Y los amotinados, convencidos de que era imposible llevar su plan a término, a expensas de la terrible cólera y la justicia de Magallanes, se rindieron.

YO SOY LA VOZ DEL REY. YO SOY EL REPRESENTANTE EN ESTE RINCÓN DEL MUNDO DE NUESTRO SEÑOR DON CARLOS.

AL REBELAROS CONTRA MÍ, OS HABÉIS REBELADO CONTRA LA CORONA.

VUESTRO ES EL DELITO DE LESA TRACIÓ.

VUESTRA ACCIÓ HA CAUSADO HERIDAS DE MUERTE A NUESTRO FIEL PILOTO ELORRIAGA.

DON LUIS DE MENDOZA YA HA PAGADO CON SU VIDA SU AFRENTA.

LA JUSTICIA DEL REY DEBE HACER ESCARMIENTO DE VOSOTROS, AHORA QUE YA HA CALLADO LA PÓLVORA.

LA TRACIÓ SOLO PUEDE SOLUCIONARSE CON PENAS DE TORTURA Y MUERTE.

ASÍ PUES, A MUERTE A TODOS SE OS CONDENA.

¡DON GASPAR DE QUESADA! ¡VOS SERÉIS EL PRIMERO!

VUESTRO CRIADO, TAMBIÉN, OSÓ ALZARSE EN ARMAS CONTRA EL REY. DAD UN PASO, LUIS DE MOLINO.

DON ALVARO MEZQUITA, PROCEDED.



SOIS DE NOBLE CUNA, DON LUIS. VUESTRO DELITO NO DEBERÍA SER CASTIGADO CON LA HORCA. ESO DEBO A VUESTRA FAMILIA.



ENTIENDO, SEÑOR DE MOLINO, QUE CUMPLÍAIS ÓRDENES DE VUESTRO AMO.



CUMPLID AHORA LAS DE LA VOZ DEL REY. SE OS PERDONARÁ LA VIDA SI EJECUTÁIS A QUIEN OS SEDUJO.



EN CUANTO A VOSOTROS, DON BERNARDO DE CALMETTE, DON JUAN DE CARTAGENA... UN HOMBRE DE IGLESIA Y UN SERVIDOR DE LA CORONA QUE POR TRES VECES SE INSOLENTA Y REBELA...

NO PUEDO HACEROS EJECUTAR. NO QUIERO VUESTRA SANGRE SOBRE MI CONCIENCIA.



PERO VUESTRO DELITO NO DEBE QUEDAR IMPUNE.



SE OS ABANDONARÁ AQUÍ, EN LA PLAYA DE SAN JULIÁN, MIENTRAS EL RESTO DE LA FLOTA SIGUE BUSCANDO EL PASO QUE NOS LLEVE A LA ESPECIERÍA.



EN CUANTO A LOS DEMÁS AMOTINADOS... NO PUEDO AJUSTICIAR A CUARENTA HOMBRES QUE NOS SON NECESARIOS.

SE OS CONDENA A TRABAJOS FORZADOS HASTA QUE RECUPERÉIS LA CONFIANZA QUE OS ASEGURE LA LIBERTAD.



NAUFRAGIO

Con ambiente sombrío tras el juicio y las ejecuciones, pero con la autoridad de Magallanes indiscutible una vez más, volvió a ser la prioridad la búsqueda de aquel paso en cuya existencia ya no confiábamos.

¿Y si las tierras de América se extendían hasta el polo, sin permitir acceso al mar del Sur que sabíamos que existía al otro lado?

Envió Magallanes a la veloz carabela Santiago en avanzadilla para buscar el paso, pero la asaltó una tormenta.

Pasaron las semanas sin que supiéramos del destino del barco y sus

marineros. Por fin, llegaron dos de ellos a pie, maltrechos, y avisaron que la Santiago había encallado y se había hundido. ¡No había paso alguno! ¡Era la desembocadura de un río!

Envió el capitán general una partida en busca de los supervivientes, y los encontraron en la jungla, caminando de regreso y luchando contra la selva y las montañas. No hubo ninguna víctima en aquel naufragio terrible, pero perdimos uno de los navíos.

Ante la terrible amenaza de las tormentas, decidió Magallanes detener de nuevo la búsqueda y resguardarnos hasta que el invierno pasara.

Nuevos retrasos. ¡Cada vez más al sur, y el paso no aparecía por ninguna parte!



LA COLA DEL DRAGÓN

El extremo sur del continente, según imaginaban los mapas antiguos, tenía forma de cola de dragón. Avistamos por fin una bahía abierta, tan al sur del mundo que podría haber sido la última. Como nos internamos en ella el 1 de noviembre, la bautizamos como Bahía de Todos los Santos.

Hallamos un laberinto de canales de agua entre montañas y paisajes helados. A lo lejos se veían luces como de fogatas, y Magallanes le dio al lugar el nombre de Tierra del Fuego.

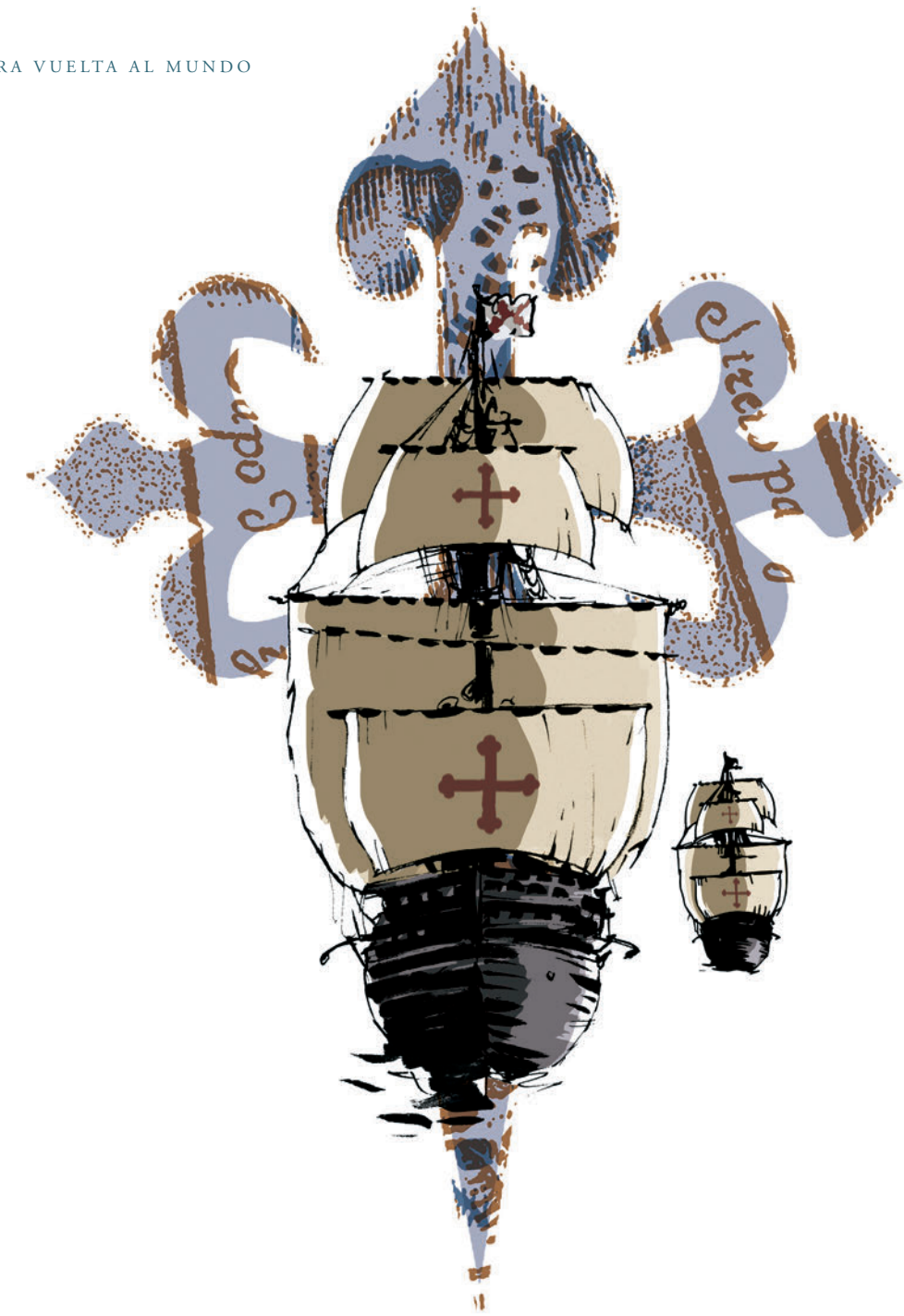
Se perdieron dos barcos en aquella multitud de canales, la San Antonio y la Concepción. Pero regresaron a los pocos días, cuando desesperábamos, disparando los cañones y a toda vela.

¡Había un paso! Y más allá, otra bahía. Y al otro lado, quizá, el mar del Sur que buscábamos desde hacía un año y dos meses.

Convocó Magallanes entonces a sus nuevos capitanes, hombres que ya le eran fieles, todos portugueses o parientes suyos. Pero no lo hizo como consulta: él tenía claro que no podíamos dar media vuelta ahora que tan cerca estábamos de hallar el paso.

Todos los otros navíos estuvieron de acuerdo con continuar el viaje.

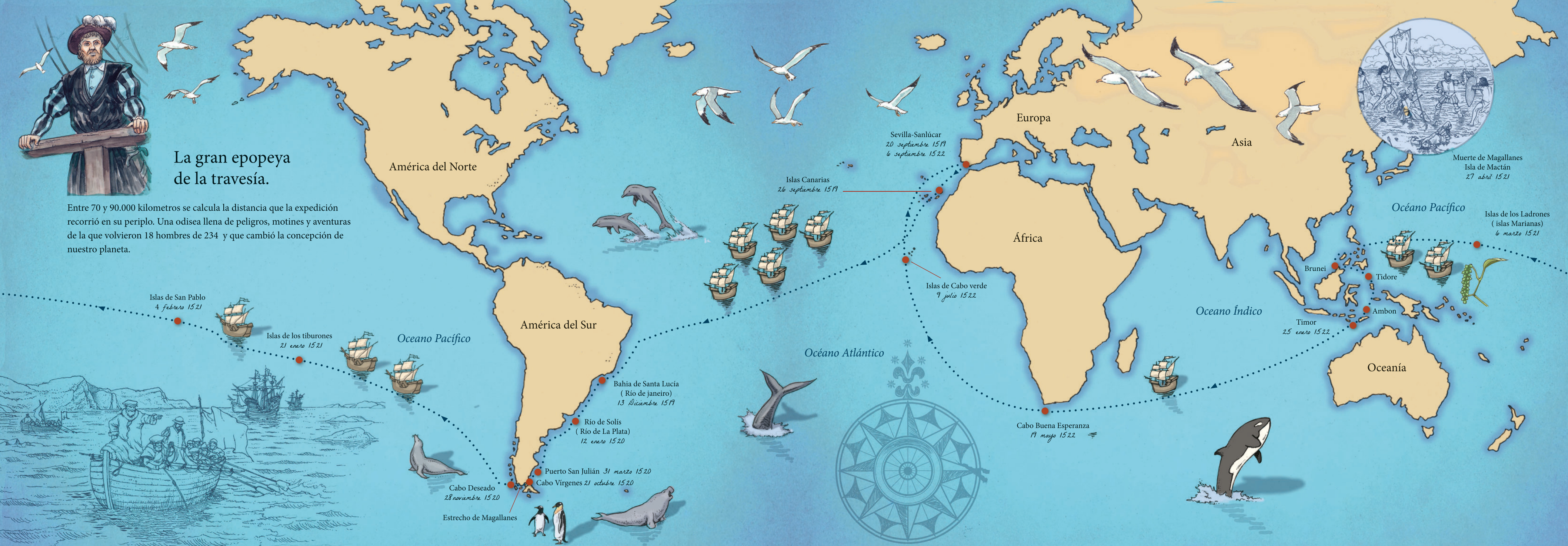
Menos uno.





La gran epopeya de la travesía.

Entre 70 y 90.000 kilómetros se calcula la distancia que la expedición recorrió en su periplo. Una odisea llena de peligros, motines y aventuras de la que volvieron 18 hombres de 234 y que cambió la concepción de nuestro planeta.



Islas de San Pablo
4 febrero 1521

Islas de los tiburones
21 enero 1521

Océano Pacífico

América del Sur

Bahía de Santa Lucía
(Río de Janeiro)
13 Diciembre 1519

Río de Solís
(Río de La Plata)
12 enero 1520

Puerto San Julián 31 marzo 1520

Cabo Vírgenes 21 octubre 1520

Cabo Deseado
28 noviembre 1520

Estrecho de Magallanes

Islas Canarias
26 septiembre 1519

Sevilla-Sanlúcar
20 septiembre 1519
6 septiembre 1522

Islas de Cabo verde
9 julio 1522

Océano Atlántico

Cabo Buena Esperanza
19 mayo 1522

Europa

África

Asia

Océano Índico

Oceanía

Océano Pacífico

Islas de los Ladrones
(islas Marianas)
6 marzo 1521

Brunei

Tidore

Ambon

Timor
25 enero 1522

Muerte de Magallanes
Isla de Mactán
27 abril 1521





El Mundo Conocido

Presentamos un mapa imaginario que recoge los conocimientos geográficos que podría manejar el más avanzado de los cartógrafos y navegantes europeos del siglo XVI.

Hacia oriente ya había una idea bastante aproximada del globo, debido a la ruta portuguesa hacia las islas de las especias.

Sin embargo, hacia el oeste, América del Norte queda aún por explorar, y Sudamérica se representa como un franja continua de tierra sin conexión con ningún mar ulterior por el sur, hecho que demostraría la expedición de Magallanes por vez primera.



DESERCIÓN

Exploramos el laberinto, buscando una salida, cada nao por un rumbo. Algunas vías de agua de aquel laberinto se cerraban en playas. ¿Era posible que tampoco ahora hubiéramos encontrado el camino?

Nos asaltaron las tormentas, y ni los fuegos de San Telmo que todavía venían a acompañarnos nos servían de mucho consuelo. En un estuario lleno de peces descubrimos que eran sardinas, y ese nombre le pusimos: Río de las Sardinas.

En el punto de reunión convenido nos encontramos la Trinidad, la Concepción y la Victoria. Se retrasó a la cita la San Antonio, la más grande de la flota, la nao donde se almacenaba ahora la mayor parte de nuestras provisiones.

Esperamos. Salimos a su encuentro. La buscamos por el laberinto, desde la mar abierta, desafiando los elementos. Pero la San Antonio ya no estaba allí.

No fue difícil comprender que habían desertado de la misión y emprendido ellos solos el camino de regreso a España.

Precisamente ahora, que estábamos tan cerca de encontrar el mar del Sur y el camino a las Islas de las Especias.



EL OCÉANO PACÍFICO

Navegamos por desfiladeros de tierras heladas, temiendo rozar el fondo de la corriente o embarrancar contra las orillas. Todos sentíamos que estábamos cerca, por fin, de encontrar el mar del Sur.

Y por fin lo hallamos. Quedó atrás el laberinto de canales y bahías y la enorme extensión de un océano desconocido se abrió ante nosotros. Un año y dos meses de búsqueda, y por fin el estrecho.

—¡Las islas del Maluco están ahí delante, cada vez más cerca, a nuestro alcance!

Y cruzamos aquella extensión de agua azul, tan calmada, tan distinta a cualquier otro mar que hubiéramos conocido, que Magallanes lo llamó “Océano Pacífico”.

Y lo era. Tan pacífico, tan inmenso, que durante más de tres meses navegamos hacia el noroeste en un mar en calma, sin tormentas, sin encontrar ni una sola isla donde abastecernos. Supimos así que el mundo es mucho más grande de lo que imaginábamos. En nuestros cálculos, algunos de nosotros comprendimos que las islas del Maluco bien podían estar dentro de la línea portuguesa.

Nos pudo el hambre. Nos venció la sed. Murieron los dos gigantes pagones. Por hambre, comimos trozos de cuero hervido y serrín en vez de galleta, ya podrida, y la sed se calmó mal con agua apesada, contaminada por orines de rata.

Nos asaltó una extraña enfermedad que hinchaba las encías y debilitaba el cuerpo. Empezaron a morir por su causa más y más hombres. Ni Magallanes ni yo, por gracia del cielo, caímos enfermos.

Ninguna otra flota en la historia de la navegación había sufrido tanto.





LA ISLA DE LOS LADRONES

¡Tierra! ¡Tierra!
La voz del vigía de la Victoria, López Navarro, nos despertó del letargo. ¡Una isla, por fin! ¡Después de más de cien días de surcar aquel océano! Anoté la fecha en mi cuaderno, 6 de marzo de 1521. ¡Tan lejos ya el momento de nuestra partida!

Unas extrañas barcas nativas se acercaron a las naos. Subieron los indígenas a bordo, sonrientes y desnudos, tan sorprendidos de vernos como nosotros a ellos.

Con inocencia o descaro, nunca lo supimos bien, se llevaron de las naos cuanto encontraron, como los niños que se atiborran de dulces y no tienen freno. Incluso se llevaron la chalupa de la Trinidad.

Cuando nos recuperamos de la sorpresa, montó Magallanes una expedición de castigo para recuperarla. Y así lo hicimos. Quemamos algunas cabañas del poblado de los nativos, que huyeron despavoridos, y nos aprovisionamos de fruta, cerdos, aves y agua.

Llamamos a aquel lugar la Isla de los Ladrones. Lo fuimos nosotros y lo fueron antes ellos. Antes de que pudiéramos largar velas, los nativos se organizaron y esta vez nos atacaron con piedras desde sus barcas.

Hundimos un par de ellas, soltamos el trapo y los dejamos atrás.

Continuamos nuestro camino, comprendiendo que habría otras islas y ya estábamos más cerca, o eso creíamos, de la Especiería.

HUMUNU

Encontramos cerca una isla cercana y allí desembarcamos cuando comprobamos que estaba deshabitada.
Mandó Magallanes levantar dos tiendas y allí colocamos a los enfermos. Con agua, fruta y alimento, sanaron pronto de aquel extraño mal que los afligía.

Una canoa vino a nuestro encuentro, con nueve nativos a bordo. Por fortuna, eran amistosos y nos colmaron de regalos. Nosotros les entregamos las baratijas y espejitos y gorras rojas y peines que traíamos y ellos nos socorrieron.

Probamos entonces un fruto extraño y sabroso de dura piel peluda e interior lleno de agua que crece en las palmeas y del que además hacían un vino dulce y maravilloso.

Pero una exhibición del poder de nuestros cañones asustó tanto a los nativos que comprendimos que podrían acabar atacándonos por miedo.

En esta isla de Homunu permanecimos una semana. Cuando zarparamos, caí al agua y a punto estuve de morir ahogado: me salvé porque pude agarrarme a una maroma.

Enrique el malayo se estuvo burlando un rato de mí, pero yo estaba tan contento por haber salvado la vida que reí de buen humor también.



ENRIQUE SE HACE ENTENDER

Ahora que habíamos encontrado un archipiélago, necesitábamos descubrir el rumbo de las Islas de las Especias.

Nos abordó otra piragua, que ellos llamaban praos, y cuando saludaron en su idioma incomprensible el corazón de Enrique el esclavo se llenó de alegría, porque podía entenderlos.

No era su misma lengua, pero sí lo suficientemente parecida para que pudiéramos entablar amistad con los nativos y sus reyes. Enrique estaba cerca de su patria, y había vuelto por el camino contrario, atravesando el mundo de oeste a este.



Los nativos se sorprendieron mucho de nuestros petos y armaduras, y Magallanes ordenó que los hombres exhibieran su poder y su invulnerabilidad contra dagas y espadas.

Envió a Enrique a parlamentar con el rey de aquella isla. El rey nos agasajó y nos cubrió de oro, y nos dijo que se llamaba Colambu.

Celebramos entonces una misa solemne, y como era nuestra costumbre, levantamos una cruz en un promontorio. Esto llamó la atención de los nativos, y nos reforzó en nuestra idea de que no solo teníamos que encontrar las especias, sino evangelizarlos.

CEBÚ

Llegamos a otra isla cercana llamada Cebú, y nos recibieron con grandes honores y nos hizo regalos su rey, que tenía Humabón por nombre.

Cuando los nativos vieron el poderío de nuestras armaduras y la potencia de fuego de nuestras culebrinas, y fueron conscientes de la fe en Dios que nos impulsaba, aceptó su rey convertirse en súbdito del más poderoso rey de toda la Tierra, don Carlos I de España.

También, en una magna ceremonia, aceptó ser bautizado junto con su esposa la reina y miles de sus súbditos.

La noticia corrió por todas las islas cercanas. Habíamos iniciado un proceso de conversión. Humabón, como buen gobernante, comprendió que le interesaba tener de su lado a Magallanes y su capacidad de combate.

Los demás miembros de la escuadra estábamos más interesados en el oro y las bellas muchachas de la isla.

Todas las tribus cercanas pagaron en oro su alianza. Menos un rey-zuelo de una isla vecina, Mactan, que se llamaba Lapulapu y era enemigo de Humabón y, por tanto, del rey de España.

Por cumplir su compromiso y satisfacer la alianza con Humabón, Magallanes montó una expedición de castigo que cambiaría para siempre el destino de la flota y de nuestras vidas.



MUERTE DE MAGALLANES

SÁBADO 27 DE ABRIL DE 1521

ISLA DE MACTÁN.



EN CONTRA DE TODO CONSEJO Y PRUDENCIA, NUESTRO CAPITÁN GENERAL DON FERNANDO DE MAGALLANES DECIDIÓ UNA EXPEDICIÓN DE CASTIGO CONTRA EL REY REBELDE LAPU-LAPU.

OTROS REYES PAGANOS SE HABÍAN CONVERTIDO A LA FE DE CRISTO DE BUEN GRADO. Y ACEPTADO SOMETERSE A LA AUTORIDAD DEL REY DE ESPAÑA, DON CARLOS.

NUESTRAS NAOS TIENEN ORDEN DE NO ACERCARSE A LA BAHÍA, POR SI DIERA EL ENEMIGO EN ATACARLAS CON SUS BARQUITAS. SON POCOS Y DESNUDOS.

NO LAPU-LAPU. NO LOS NATIVOS DE ESTA ISLA.

NO PODRÁN CONTRA EL PODER DE NUESTROS ACEROS Y LA VOLUNTAD DE DIOS A QUIEN SERVIMOS.



ESTABA NUESTRO CAPITÁN GENERAL, COMO NOSOTROS, CONVENCIDO DE LA SUPERIORIDAD CRISTIANA. YA HABÍAMOS QUEMADO SUS ALDEAS. NO HABRÍA DE SER BATALLA, SINO ESCARAMUZA.

SE EQUIVOCABA DON FERNANDO.



NOS EQUIVOCÁBAMOS TODOS.



DONDE ESPERÁBAMOS ENCONTRAR A DOS DOCENAS DE SALVAJES NOS RECIBIERON MIL QUINIENTOS.



INVISIBLES AL PRINCIPIO.

Y SUS FLECHAS, REMATADAS CON PUNTA DE HIERRO, ATRAVESABAN NUESTRAS CORAZAS.



ATACARON CUANDO AÚN NO NOS HABÍAMOS RECUPERADO DE LA SORPRESA.



ATACARON SABRIENDO QUE ERAN TANTOS QUE NUNCA PODRÍAMOS DETENERLOS.

ATACARON BUSCÁNDONOS LAS PIERNAS Y LOS CUELLOS, TODO LO QUE NO PROTEGÍAN NUESTRAS CORAZAS.



V CUANDO VIERON QUE SANGRÁBAMOS COMPRENDIERON QUE NO ÉRAMOS DIOSOS, SINO HOMBRES.



HOMBRES DÉBILES QUE HABÍAN VENIDO A INVADIRLOS, A IMPONERLES UNA FE EN LA QUE NO HABÍAN CREÍDO NUNCA.



HOMBRES DÉBILES QUE HABÍAN VENIDO A MORIR A SU PLAYA DESPUÉS DE HABER CRUZADO MEDIO MUNDO.



¡A LAS NAOS! ¡A LAS NAOS, POR CRISTO, RETIRADA!

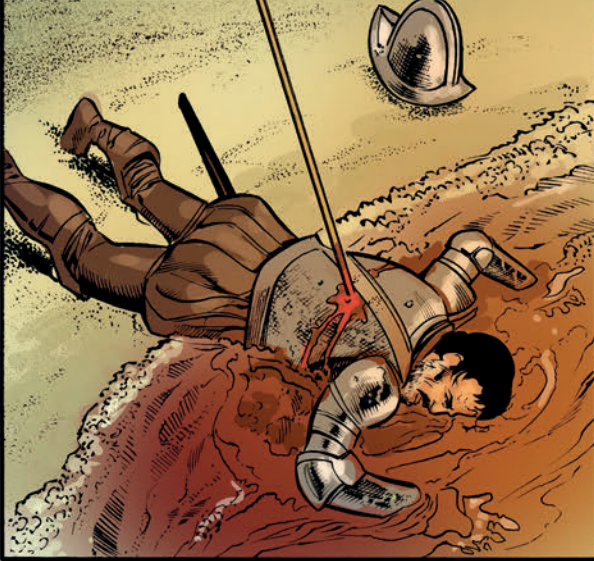


RETIRADA FUE, MAS EN DESORDEN.

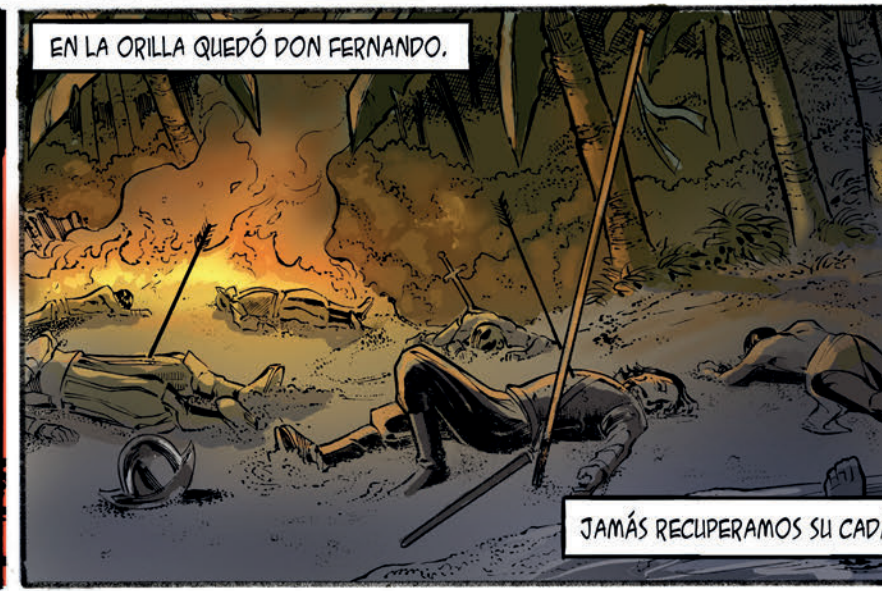


DERROTA ABSOLUTA.

DON FERNANDO, HERIDO DE MUERTE.



ALLÍ QUEDÓ SU SUEÑO.



LA TRAICIÓN DEL ESCLAVO

Quedó sin capitán general la flota. Perdimos al gran hombre que nos había hecho cruzar dos océanos. Él, que era nuestra luz, nuestra guía y nuestro sostén, quedó muerto en la playa, y nunca pudimos darle entierro.

Tomó entonces el mando Duarte Barbosa. Y en medio del luto, recordó Enrique el malayo el testamento de Magallanes: cómo a su muerte habría de ser liberado y recibido el pago de mil maravedíes.

Barbosa y los demás capitanes, que desconfiaban de lo que Enrique hablaba en lenguas que no comprendían, se negaron a concederle la li-

bertad. Y Enrique, sin que los sospecháramos, airado, concertó un festín con el rey de la tribu y durante la cena treinta y siete marinos fueron asesinados.

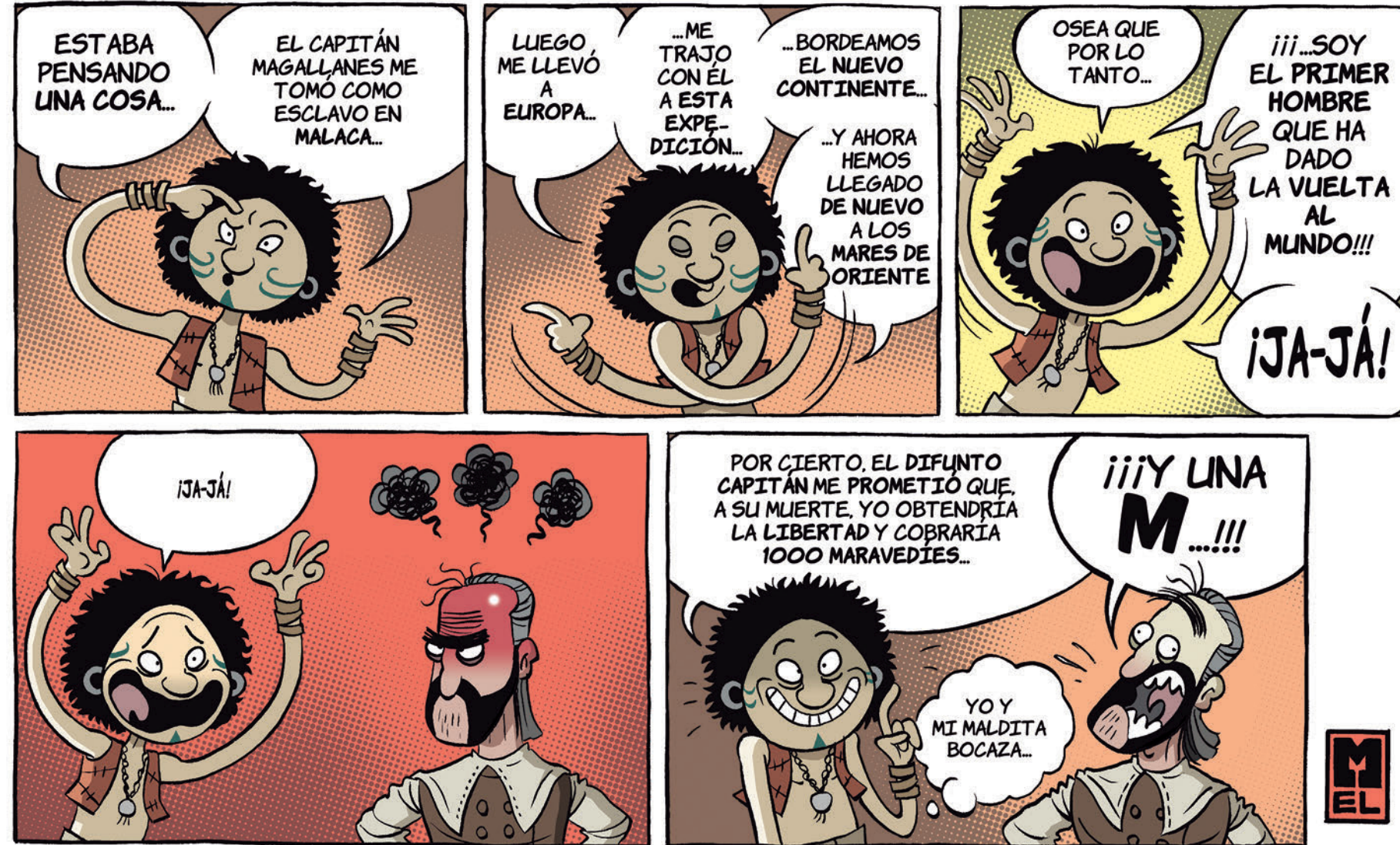
Como Elcano estaba enfermo y yo había sido herido en la playa de Mactán por una flecha envenenada, salvamos la vida.

Tuvimos que escapar de la isla, dejando a nuestros muertos y algunos hombres abandonados.

Nunca volvimos a ver a Enrique, que fue mi amigo y me enseñó su lenguaje y nos pagó con traición el sentirse traicionado.



ENRIQUE, EL MALAYO



PERDIDOS

Fue entonces cuando la flota perdió el rumbo y nosotros tal vez nos perdimos a nosotros mismos.

Navegamos hacia el hacia el oeste-noroeste, nos atacaron las tormentas y los piratas. Nos volvimos piratas, para sobrevivir, nosotros mismos.

Quedábamos tan pocos hombres con vida que no podíamos tripular las tres naos. Y una de ellas, además, la Concepción, estaba podrida y

afectada por una plaga de moluscos. Decidimos hundirla y usar el material que pudo rescatarse para poner a punto las otras dos naves que nos quedaban ya: la Trinidad y la Victoria.

Recalamos en islas de ensueño y conocimos a sultanes poderosos: Mindanao, Cayagán, y la rica Borneo. Nos había cegado el oro tanto como el sol en el mar.

Las Islas de las Especies parecían tan lejanas que pudiera decirse que se habían escondido de nosotros, que no habían existido nunca.





POR FIN, EL MALUCO

El descontento, el hastío y la falta de liderazgo amenazaban con acabar con la vida de todos.

Elegimos entonces dos nuevos capitanes: Gonzalo Gómez de Espinosa para la Trinidad, y el vasco Juan Sebastián Elcano para la Victoria.

Y se decidió reemprender la búsqueda de la Especiería y rezamos a Dios para no volver a perder el rumbo.

El 8 de noviembre llegamos a una isla llamada Tidore.

Descubrimos allí las especias ansiadas: ¡un riquísimo botín de clavo!

También, por desgracia, se cumplieron nuestros peores miedos.

Porque visto el tamaño real del mundo ahora que lo habíamos cruzado hasta nuestro destino, comprendimos que el Maluco no entraba dentro de la línea española, como había sostenido Magallanes.

Las Islas de las Especias eran territorio portugués.

EL ÁRBOL DEL CLAVO

En una canoa dorada, respondiendo a nuestras salvas, vino a nuestro encuentro el rey de Tidore. Se llamaba Almanzor, y era musulmán, pues los árabes habían llegado a aquellas islas hacía mucho tiempo, para hacerse con las especias que el mundo entero codiciaba.

Nos pidió que matáramos los cerdos, pues iban contra su credo, y a cambio nos regaló cabras y los pájaros más hermosos y coloridos de cuantos existen: una pareja de aves del paraíso.

Nos llevó Almanzor al interior de la jungla y allí vimos con nuestros propios ojos el árbol del clavo y sus semillas, la fuente de tantas riquezas. Envueltos en medio de la bruma, con sus capullos en forma de clavos, que de ahí les viene el nombre: el tesoro que andábamos buscando.

De aquella y otras islas nos fueron trayendo el clavo, y lo acumulamos en cobertizos. No dábamos crédito a nuestra suerte.

Vino a vernos un amable portugués, Pedro Alfonso de Lorosa, que nos advirtió de lo que ya sospechábamos.

Las flotas portuguesas no nos iban a permitir llevar los tesoros de especias a España.

Éramos ricos, pero de nada sirve la fortuna si tienes la cabeza puesta a precio.





LA NAO HERIDA

Pese al peligro, cargamos nuestras dos naos de las ricas especias que encontramos: clavo, jengibre, pimienta.

Zarpamos, de nuevo sin rumbo definido, pues ninguno de los dos capitanes parecía haberse puesto de acuerdo.

Se advirtió entonces que la nao Trinidad, en la que yo viajaba, se escoraba a babor.

—¡Una vía de agua! —exclamó el maestre, subiendo a cubierta—. ¡Hemos cargado demasiado peso!

—¡Nos vamos a pique!

No lo hicimos, pero el viaje tuvo que interrumpirse de inmediato. Apenas habíamos dejado Tidore atrás y ya tuvimos que regresar, para sorpresa de los nativos que, sin embargo, se alegraron de tenernos de vuelta.

La Trinidad, en efecto, no podía seguir navegando. Descargamos el peso, pero las vías de agua habían destruido mamparos y tablas.

Se imponía reparar la nao, y eso podía llevar mucho tiempo.

LA DECISIÓN DE ELCANO

El riesgo de que los portugueses nos localizaran, incautaran la carga y ejecutaran o apresaran a las tripulaciones llevó a los dos capitanes a tomar una terrible decisión.

Espinosa se quedaría en la isla, dirigiendo las reparaciones de la Trinidad. Elcano, con la Victoria, regresaría solo.

Pero Espinosa había decidido regresar por el mismo camino por el que habíamos venido, es decir, rehacer de nuevo aquel inmenso desierto de agua que era el Pacífico y navegar hacia el sureste para intentar llegar a las costas de Nueva España.

Elcano decidió que, puesto que corríamos peligro de todas maneras porque estábamos dentro de la línea portuguesa y a sus ojos no éramos más que piratas, la Victoria no enfilaría hacia el este, sino hacia el oeste.

Hacia el océano Índico y las costas de África, para volver remontando el cabo de Buena Esperanza y regresar a puerto.

—El mundo es redondo y ya sabemos cuánto mide —dijo Elcano—. Si no nos hunden las tormentas o nos capturan las naos portuguesas, escribiremos un capítulo en la historia.



EL MARINO DE GUETARIA

Elcano había soportado con paciencia su destino como segundón en la flota. La historia, sin embargo, le había reservado este momento. Nacido en Guetaria, ya era capitán de una pequeña nao antes de unirse a Magallanes y este proyecto. Pero tuvo que vender su barco a potencias extranjeras y eso lo convirtió en prófugo.

Por debajo de su categoría de navegante, Elcano había servido de maestre a bordo de la Concepción cuando zarpamos. Había discutido las

órdenes de Magallanes, se había puesto del lado de los amotinados en el puerto de San Julián, aunque en el juicio salvó la vida, y es posible que si hubiera actuado más rápidamente en la playa de Mactan aquella matanza habría sido distinta.

Ahora, sin embargo, tenía el mando de una nave lastimada y cargada de especias. Y una misión imposible que probaría su temple.

Decidí unirme a la Victoria. Solo había que sobrevivir a mil peligros más y, si lográbamos rodear África y volver a puerto, habríamos dado la vuelta al mundo.



A BORDO NO PODÍAMOS ENCENDER FUEGO, NI ABRIGARNOS CON MANTAS HÚMEDAS.

EL CAMINO DE REGRESO



LOS VIENTOS Y LAS LLUVIAS NOS NEGABAN EL PASO POR EL CABO DE BUENA ESPERANZA.



UN DÍA TRAS OTRO DÍA.



HASTA QUE LA DETERMINACIÓN DE ELCANO Y EL TESÓN DE LA TRIPULACIÓN DERROTARON A LAS TORMENTAS.



HABÍAMOS RODEADO ÁFRICA. YA PODÍAMOS REGRESAR A CASA.



LA VICTORIA ESTABA HERIDA.



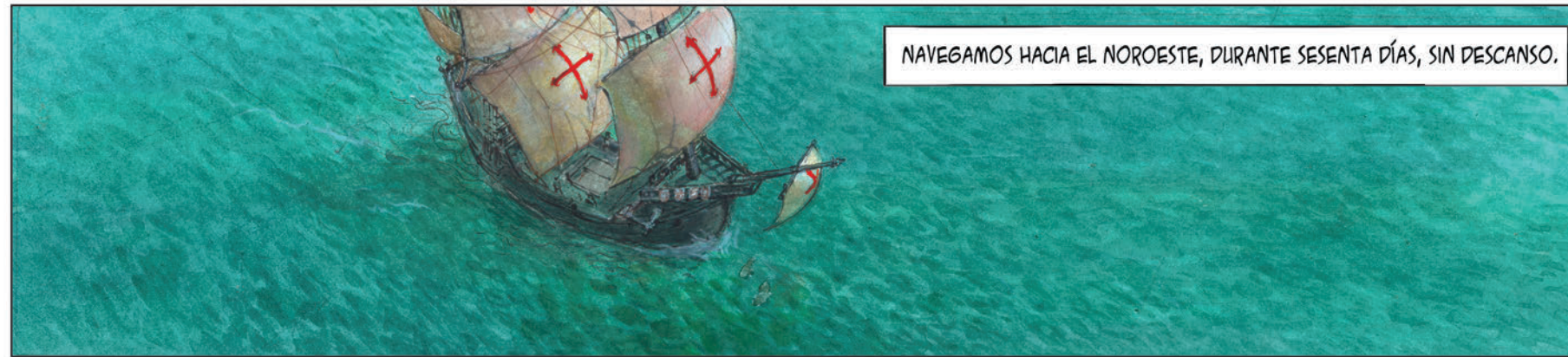
NINGUNA NAO DEL MUNDO HABÍA SOPORTADO LO QUE LA NUESTRA.

Y AHORA NOS HUNDÍA LA CARGA.



SEÑORES, NO HEMOS LLEGADO A LA ESPECIERIA PARA ENTREGAR AL MAR LOS TESOROS QUE PORTAMOS.

¡A LAS BOMBAS, TODOS! ¡HAY QUE ACHICAR EL AGUA!



NAVEGAMOS HACIA EL NOROESTE, DURANTE SESENTA DÍAS, SIN DESCANSO.



EL ARROZ POR TODO ALIMENTO. EL AGUA PODRIDA POR LOS ORINES DE LAS RATAS.

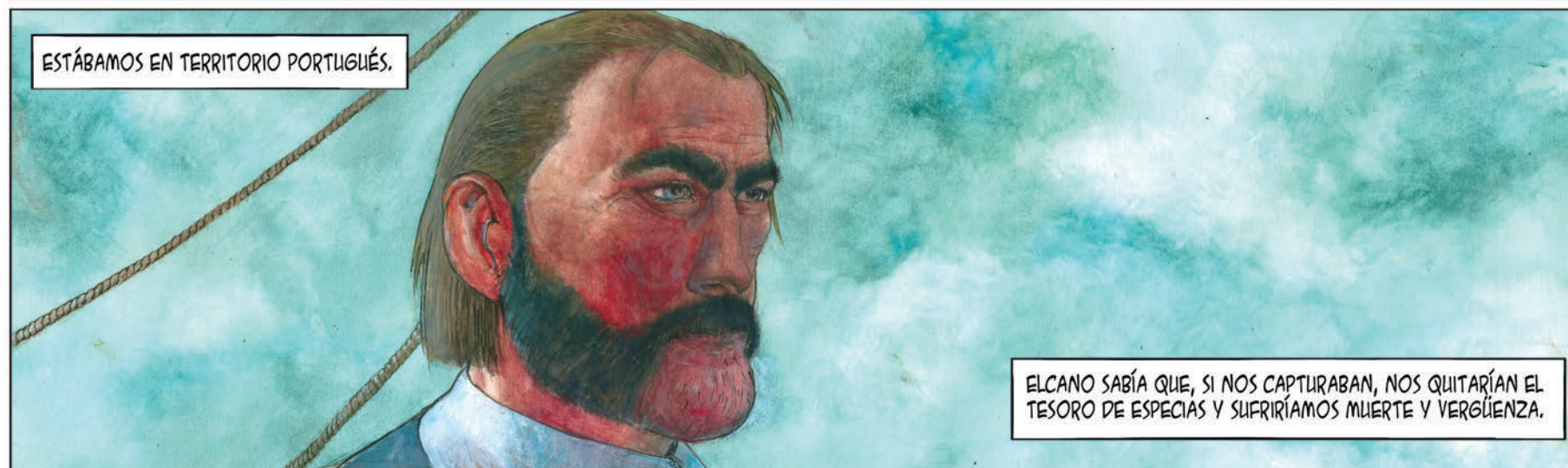


DE TIDORE HABÍAMOS PARTIDO CUARENTA Y SIETE.



VEINTIUNO SE NOS MURIERON DE HAMBRE Y DE PENURIAS.





SIN ESCALAS

Remontamos el cabo de Buena Esperanza, pero la Victoria empezó a hacer aguas: ningún otro navío en la historia había navegado tanto.

El peligro de las tormentas dio paso al peligro del hambre, la enfermedad y la sed. Nos fuimos apagando. Regamos el camino del mar de compañeros muertos.

Ya ni siquiera nos quedaban ratas. La dieta de arroz no nos alimentaba.

Elcano sabía que no podíamos tocar ningún puerto, porque era todo dominio portugués. Nos desviamos, como si otra vez quisiéramos regresar a América.

Dos meses de penurias. Por fin, cuando ya las fuerzas no nos acompañaban, aquel 6 de septiembre del año de Nuestro Señor de 1522, a los tres años de nuestra partida, llegamos a puerto en Sanlúcar. Y dos días después, a Sevilla.



LA HAZAÑA

Habíamos partido doscientos cincuenta hombres y habíamos regresado solamente dieciocho. Dios nos ayudó en el camino. El mundo estaba medido, el paso al oriente por el oeste comprobado.

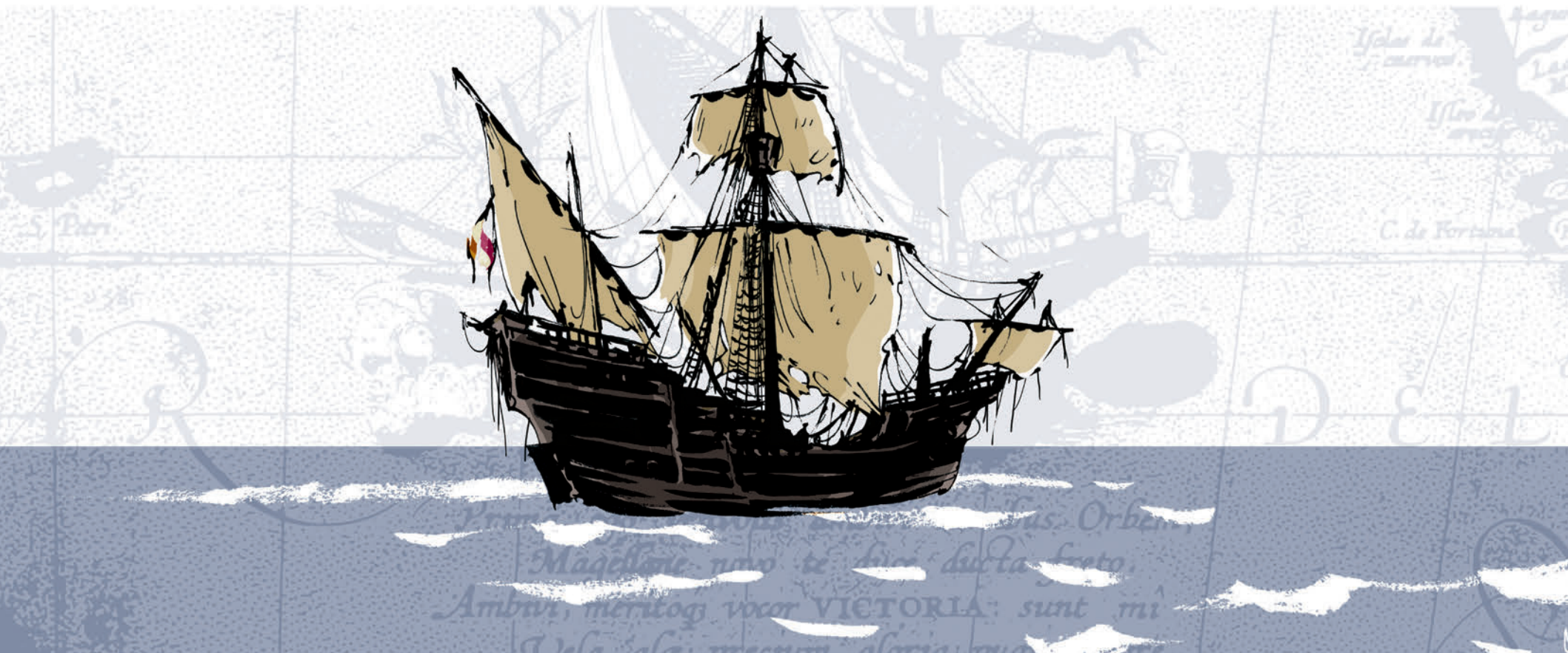
Gracias al sueño de Magallanes y al tesón de sus marinos.

Gracias a la templanza de Elcano.

Nunca había habido antes, y es posible que no lo haya jamás en la historia, una hazaña como la nuestra.

¿Qué no puede hacer la humanidad si se lo propone? ¿Qué otros viajes y sueños, qué futuros de gloria nos esperan?

FIN



Tierra Ignota

Tratado de Tordesillas

España : Portugal

GLOSARIO

Indias Occidentales

Tierras del Reino de España

El Brasil

Ruta a las Indias





Almirante: Oficial general de la Armada, del grado más elevado del almirantazgo.



Babor: Lado izquierdo de una embarcación mirando de popa a proa.



Calafate: Hombre que calafatea las embarcaciones. Calafatear: Cerrar las juntas de las maderas de las naves con estopa y brea para que no entre el agua.



Corsario: Que andaba al corso, con patente del Gobierno de su nación. Campaña que hacían por el mar los buques mercantes con patente de su Gobierno para perseguir a los piratas o a las embarcaciones enemigas.



Escorbuto: Enfermedad producida por la escasez o ausencia en la alimentación de vitamina C, y caracterizada por hemorragias cutáneas y musculares, por una alteración especial de las encías y por fenómenos de debilidad general.



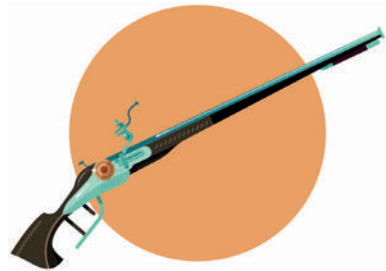
Estribor: Lado derecho de una embarcación mirando de popa a proa, y, por extensión, de un avión u otra aeronave.



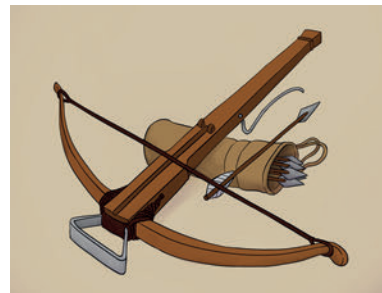
Popa: Parte posterior de una embarcación.



Virar: Cambiar un vehículo, un avión o una embarcación su dirección.



Arcabuz: Arma de fuego portátil, antigua, semejante al fusil, que se disparaba prendiendo la pólvora del tiro mediante una mecha móvil incorporada a ella.



Ballesta: Arma portátil que dispara flechas y proyectiles impulsados por la combinación de un muelle en forma de arco y una cuerda.



Cofa: Plataforma de la parte superior de algunos palos de barco que sirve para, desde ahí, efectuar las maniobras de las velas altas, avistar a larga distancia, etc.



Derrota: Rumbo o dirección que llevan en su navegación las embarcaciones o las aeronaves.



Especia: Sustancia vegetal aromática que sirve de condimento; por ejemplo, el clavo, la pimienta, el azafrán.



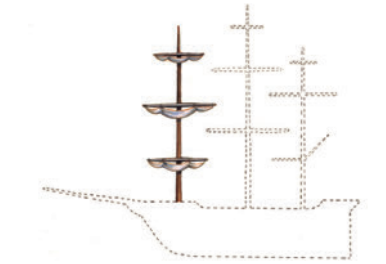
Motín: Movimiento desordenado de una muchedumbre, por lo común contra la autoridad constituida.



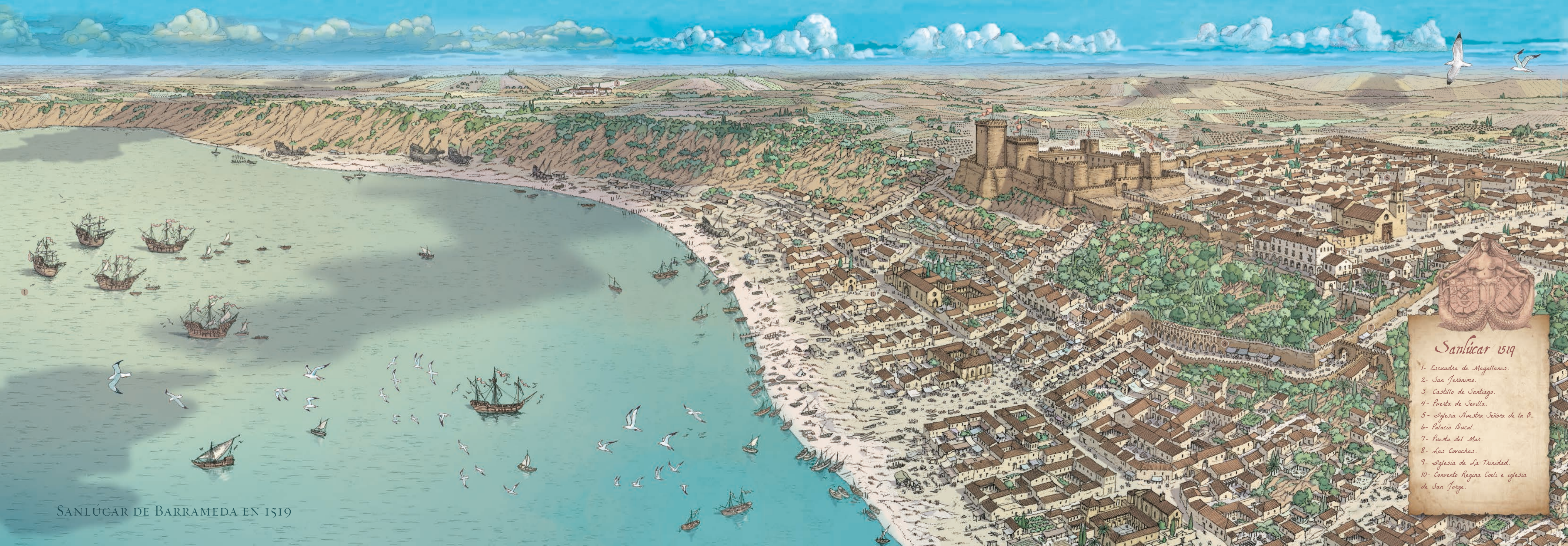
Proa: Parte delantera de una embarcación, con la cual corta las aguas.



Zarpar: Dicho de un barco o de un conjunto de ellos: Salir del lugar en que estaban fondeados o atracados.



Trinquete: Verga mayor que se cruza sobre el palo de proa.



SANLÚCAR DE BARRAMEDA EN 1519

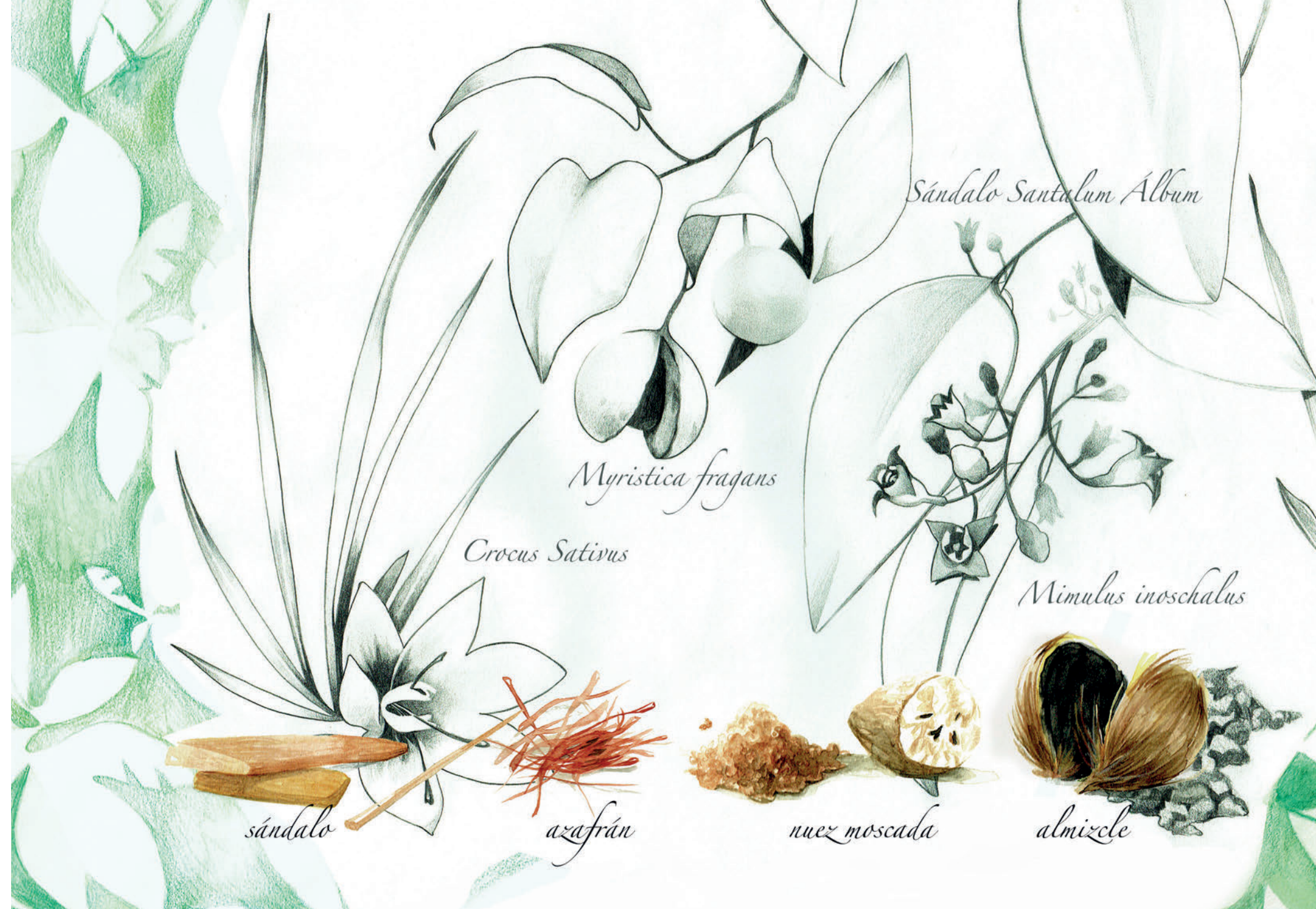


Sanlúcar 1519

- 1- Escuadra de Magallanes.
- 2- San Jerónimo.
- 3- Castillo de Santiago.
- 4- Puerta de Sevilla.
- 5- Iglesia Nuestra Señora de la O.
- 6- Palacio Ducal.
- 7- Puerta del Mar.
- 8- Las Covachas.
- 9- Iglesia de La Trinidad.
- 10- Convento Regina Coeli e iglesia de San Jorge.



LA AVENTURA DE LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DIECISÉIS DE DICIEMBRE
DE DOS MIL DIECISIETE
EN SEVILLA





El 20 de septiembre de 1519, al mando de Fernando de Magallanes, cinco barcos españoles partieron hacia occidente, intentando encontrar un paso en el continente americano que los llevara a las Islas de las Especies. Durante tres años de navegación pasaron privaciones, naufragios, aventuras. Vivieron batallas y murieron en ellas. Encontraron las anheladas especias y únicamente regresó una nao, la Victoria, al mando ahora de Juan Sebastián Elcano, con solo 18 hombres de los casi 250 que partieron. Fue la gran hazaña marinera de la humanidad. Porque fueron los primeros en dar la vuelta al mundo. Esta es su historia.

